



EL FRANCISCO  
GOLDMAN  
**CIRCUITO  
INTERIOR**

UNA CRÓNICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

T

# *El circuito interior*

*Una crónica de  
la Ciudad de México*

**FRANCISCO GOLDMAN**

JUAN ANTONIO MONTIEL

**T** EL CUARTO  
DE LAS  
MARAVILLAS

Titulo original:

*The Interior Circuit: A Mexico City Chronicle*

© Francisco Goldman

De esta edición:

© Turner de México S.A. de C.V., 2015

Alberto Zamora, 64

Coyoacán, 04000 México DF

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Esta publicación fue realizada con el estímulo del Programa de Apoyo a la Traducción (PROTRAD) dependiente de instituciones culturales mexicanas.

De la traducción:

© Juan Antonio Montiel

Del fragmento de la traducción de *Bajo el volcán*:

© Raúl Ortiz y Ortiz

Del fragmento de la traducción de *El bajón y el delirio*:

© Elizabeth Flores

Del fragmento de la traducción de *En el camino*:

© Martín Lendínez

Del fragmento de la traducción de *John Marr*:

© Miguel Temprano García

Del fragmento de *The Femicide Machine*:

© Nuria Morgado

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Imagen de cubierta y guardas:

© Mariana Castillo Deball, *Vista de Ojos* n.º. 43 (detalle).

Cortesía de la artista y de kurimanzutto, Ciudad de México, 2014.

Fotografía: Estudio Michel Zabé, 2014

Maquetación:

David Anglès

Primera edición: enero de 2015

ISBN: 978-841-6354-50-4

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

*A Jovi*

# Índice

El Circuito Interior, verano de 2012

*El aprendiz de manejo*

*#YoSoy132*

*Ebrard maneja el autobús*

*Las clases de manejo*

*El proyecto de manejo*

*El partybus*

*De nuevo en el circuito interior*

El After Heavens, verano de 2013

Adenda

Post scríptum, enero de 2015

Agradecimientos

# **El Circuito Interior, verano de 2012**

Amor se llama  
el circuito, el corto, el cortísimo  
circuito interior en que ardemos.

EFRAÍN HUERTA  
«Circuito interior»

# El aprendiz de manejo

Entre 1998 y 2003 renté un departamento en la avenida Ámsterdam, en la colonia Condesa de la Ciudad de México. Durante aquellos años dividí mi tiempo entre ese lugar y Brooklyn, donde tenía otro departamento en alquiler. En ocasiones pasaba medio año en una u otra ciudad; otras veces, en periodos especialmente frenéticos -cuando daba clases en Estados Unidos y tenía otro trabajo ahí y un asunto amoroso en México-, iba y venía casi cada semana. La avenida Ámsterdam rodea el exuberante parque México y la estrecha calle de un solo sentido que lo circunda; por las banquetas y por el camellón que divide la avenida en dos se despliega una majestuosa procesión de jacarandas, olmos, fresnos, palmeras, truenos y árboles de hule. El camellón es un camino adoquinado que avanza en medio de dos franjas de tierra por donde la gente pasea sus perros entre arbustos y macizos de flores; en muchos cruces hay pequeños altares acristalados dedicados a la virgen de Guadalupe. Durante el día, la avenida, con su toldo de ramas, es un túnel verde del que uno emerge, como quien llega a un claro del bosque, en la glorieta Citlaltépetl, una transitada rotonda con una fuente en el centro.

En comparación con otras rotondas de la Ciudad de México, la glorieta Citlaltépetl parece tranquila, alimentada apenas por dos calles, Ámsterdam y la avenida Citlaltépetl - esta última de solo unas cuadas de largo, aunque también con un camellón arbolado-, pero en las horas pico incluso ella enloquece, cuando la Condesa se llena de tráfico y de los sonoros e impacientes cláxons de los coches que

atraviesan la colonia provenientes de las grandes avenidas del rededor, o en dirección a éstas. Es entonces cuando, muchas veces, los coches que vienen del parque México empiezan a meterse en sentido contrario por la calle Citlaltépetl para tomar un atajo hacia la calle Culiacán, treinta metros más allá. Siempre que un coche se abre paso de ese modo, otros aceleran y desfilan detrás de él en un arrebatado casi festivo de inocente infracción del reglamento de tránsito. Hasta que no desarrollé el automatismo de mirar a ambos lados antes de atravesar la calle, muchas veces tuve que regresar de un salto a la banqueta.

Un día, hace más o menos diez años, mientras atravesaba la glorieta Citlaltépetl -era a media mañana, de modo que había poco tráfico-, noté que un volkswagen de color oscuro la rodeaba una y otra vez. Quizá fuera simplemente esa conducta repetitiva lo que me llamó la atención, pero también puede ser que, no del todo conscientemente, me preguntara por qué un taxi -en aquellos años la mayoría de los volkswagen sedán que circulaban por la ciudad eran taxis- daba tantas vueltas. Tal vez el chofer se había perdido -aunque en ese caso era obvio que las meras vueltas no iban a solucionar nada-, o quizá no podía encontrar la dirección exacta que le indicaba el terco pasajero, o a lo mejor intentaba, de ese modo demencial, aumentar la cuenta de un cliente dormido o borracho. El caso es que, según recuerdo, muy pronto me di cuenta de que no era un taxi: en los costados del coche, sendos carteles lo identificaban como parte de la flotilla de una escuela de manejo. Cuando volvió a pasar frente a mí, pude ver al inexperto conductor -el instructor viajaba en el asiento del copiloto-: era un hombre de pelo blanco y de bigote, de al menos setenta y tantos años, vestido con camisa blanca, saco y corbata. Iba sentado con la espalda perfectamente recta y sujetaba firmemente el volante con ambas manos. Me pareció elegante y desgarrado al mismo

tiempo. Creo recordar bien su cara, excepto porque en mi memoria es idéntico a Jed Clampett, el patriarca de *Los Beverly ricos*, aunque algo más moreno. También recuerdo haberme preguntado qué podía haber motivado a aquel hombre a aprender a manejar a esa edad. Su atuendo dejaba ver que la clase de manejo era un momento de gran importancia para él; o quizá solo fuera uno de esos viejos mexicanos que no salen a la calle sin saco y corbata. Me imaginé la escena en su casa, más temprano, él a punto de salir camino de su clase y su mujer despidiéndolo con afecto y orgullo, o bien burlándose cariñosa o irónicamente de él. Quizá vivía con una hija, y a lo mejor aquélla era una de esas decisiones que los viudos solemos tomar meramente para desafiar la inercia: finalmente aprendería a manejar. De hecho, yo mismo tomé esa decisión, y por el mismo motivo, en el verano de 2012. El 25 de julio de ese año se cumplía el quinto aniversario de la muerte de mi esposa, Aura Estrada. Aura murió en la ciudad de México, en el hospital Ángeles del Pedregal, al sur de la ciudad, veinticuatro horas después de romperse la columna mientras practicaba bodysurfing en Mazunte, Oaxaca, en la costa del Pacífico. Tenía treinta años, y faltaba un mes para que cumpliéramos dos años de casados.

A diferencia del viejo de la glorieta, yo no era un conductor novato. Sabía manejar, aunque no en la Ciudad de México, por donde me movía principalmente en taxi o en transporte público. Podía contar con los dedos de una mano el número de veces que había tratado de manejar ahí, aun habiendo vivido en el DF de manera intermitente a lo largo de veinte años. El DF tiene unos ocho millones de habitantes aunque, entre semana, con la gente que se desplaza desde la zona metropolitana para ir a trabajar, ese número se eleva hasta los veinte millones. El caos y la confusión del tráfico aparentemente anárquico de la ciudad me habían intimidado siempre, incluso atemorizado: los cruces como

tentáculos de pulpo y las avenidas semejantes a las pistas de los derbies de demolición; los coches entrecruzándose desde todas direcciones al mismo tiempo, y sin chocar, como si fuesen fantasmas; las nutridas bocacalles sin semáforos ni señales; las calles de un solo sentido que sin embargo cambia de una cuadra a otra; las abarrotadas vías rápidas de varios carriles y e inesperados pasos a desnivel, donde pasar de largo una salida invariablemente significa tener que entrar de pronto en otra vía rápida o avenida que se dirige a algún lugar desconocido, o descender en medio de una enloquecida maraña de calles en una colonia en la que no hemos estado nunca antes, o de la que ni siquiera hemos oído hablar. El peor de mis temores era perderme en alguna vía rápida, como el Anillo Periférico o el Circuito Interior, en medio de una de las torrenciales lluvias del verano: el cielo bajo y opresivo lanzando rayos y truenos como mazazos sobre el techo del coche, la densa lluvia cegándome y haciéndome sentir atrapado entre la frenética vibración del metal, o bien el granizo, amenazando con romper el parabrisas mientras, presa del pánico, busco una salida cualquiera, que al cabo desciende en una calle cuyas alcantarillas están tapadas, y que súbitamente se inunda de agua lodosa, y la marea que sube casi hasta cubrir las puertas de los coches que no arrancan, y que amenaza con tragárselos... Los periódicos se pasan todo el verano publicando imágenes de esas calamidades rutinarias. Todo el mundo intenta, no siempre con éxito, mantenerse a distancia de los escorados *peseros*, pesados minibuses cuyas abolladas carrocerías dan testimonio de la agresividad de los auténticos guerreros de la carretera que los pilotan, responsables de tantos accidentes y atropellamientos mortales que dos jefes de gobierno consecutivos han prometido suprimir la flota entera. Y el tráfico masivo y amenazador de camiones y autobuses; y los trolebuses eléctricos, que inexplicablemente recorren grandes avenidas en sentido contrario al del tráfico, y por

carriles no siempre señalados, de manera que no queda otra que saber de antemano si uno está precisamente en una de esas avenidas y tener mucho cuidado.

Simplemente no podía imaginarme cómo iba a lograr aprender a manejar en la Ciudad de México, esa mancha urbana con veinte millones de personas que cubre por completo el valle de México, trepando incluso por los cerros que la rodean, la tercera ciudad más grande del mundo, con sus innumerables colonias como las piezas de un enorme rompecabezas, y sus infinitas calles. Todos los taxistas a los que les he preguntado alguna vez terminan por confesar que se pierden muy seguido. Yo mismo he viajado en incontables taxis cuyos conductores se desorientaban en lugares bien conocidos incluso para mí, que casi nunca me aventuro más allá de la zona donde vivimos mis amigos y yo, o por donde solemos juntarnos: un área que apenas cubre una pequeña franja de la *Guía Roji*, el enorme mapa de la ciudad de México que cuelga en una de las paredes de mi departamento. En la *Guía*, el DF, con sus imprecisos límites, parece un enano al lado de su enorme área metropolitana, en el Estado de México, que ocupa los dos tercios superiores del mapa. Siempre que me subo a un taxi en el aeropuerto, me quedo boquiabierto al encontrarme con choferes que no tienen la menor idea de cómo llegar a las colonias Roma o Condesa, que son el núcleo de mi pequeño -e inabarcable- mundo, sobre todo porque algo así como una cuarta parte de los pasajeros de mi vuelo favorito -nocturno- entre Nueva York y el Aeropuerto Internacional Benito Juárez tienen pinta de ser residentes de esa zona. Los taxistas poseen todo un anecdotario sobre las muchas veces que se han perdido (entre otras historias de terror), anécdotas tales como haber dejado a un pasajero en mitad de un barrio ignoto y laberíntico, y para colmo pobremente iluminado, y luego tardar varias horas en averiguar cómo salir de ahí.

Una vez, hace más o menos doce años, recorrí una enorme distancia a través del DF manejando como un conductor experto -o cuando menos eso me pareció-, con una seguridad inaudita, una orientación perfecta y espontánea y a una velocidad bastante respetable. Era de noche. Como sufro ceguera nocturna, no debería manejar en la oscuridad sin lentes, pero en aquella época ni siquiera los usaba. En realidad, no debería haber manejado en ningún caso, porque iba bastante borracho. El coche era de un amigo cubano. Habíamos ido a una boda en el Desierto de los Leones, en las afueras del DF. Mi amigo, que había aprendido a manejar poco antes -por lo que se sentía orgullísimo-, era un conductor dubitativo y caótico, lo que a menudo me impacientaba: secretamente lo comparaba con Mister Magoo. Puede que aquella noche yo tuviera mucha prisa por llegar a alguna parte, o a lo mejor simplemente tenía envidia de que mi amigo pudiera ir y venir por la ciudad cuando se le diera la gana -durante años habíamos compartido taxis-, el caso es que en cuanto llegamos a su coche lo obligué a que me diera las llaves. A partir de ahí, solo recuerdo mi sensación de euforia mientras circulábamos por Insurgentes Sur rebasando otros coches, las luces que centelleaban y luego se desvanecían, y también que íbamos rapidísimo y que yo pensaba -o a lo mejor incluso gritaba- que iba manejando como Han Solo cuando salía disparado hacia la Estrella de la Muerte. Desde entonces, aquella emoción se me ha quedado grabada como un argumento inapelable contra la idea de que ya era tarde para aprender a manejar en la Ciudad de México, o de que nunca iba a tener los pantalones de hacerlo. Muchas veces me dije que debía repetir la experiencia, aunque esta vez de un modo menos temerario, y cuando vi a aquel hombre dando vueltas a la glorieta Citlaltépetl en el coche de la academia de manejo me di cuenta de que no podía ser demasiado tarde para intentarlo.

Hasta entonces me había parecido que el duelo iría transformándose año con año, convirtiéndose en una sensación cada vez más furtiva, pero al acercarse el quinto aniversario de la muerte de Aura -que marcaría un punto en que la habría llorado más tiempo del que la había conocido- mi duelo iba previsiblemente en aumento, y me mortificaba de un modo nuevo y terrible del que no sabía cómo librarme. Aunque suene ilógico, en aquel momento sentía que todo aquello debía estar relacionado con alguna clase de problema o de enigma que solo podría solucionarse en la Ciudad de México o en mi modo de relacionarme con ella. Muchas veces pensé, por ejemplo, que lo que tenía que hacer era irme de ahí y empezar de nuevo en otro sitio, algún lugar en el que no hubiera vivido nunca antes, libre de recuerdos y de reminiscencias de Aura, donde me fuera más fácil escapar de mi papel de viudo público y privado al mismo tiempo. Sin embargo, cuando volvía a pensarlo siempre concluía que irme era inconcebible, y que la solución probablemente fuera quedarme; y no solo quedarme, sino ir más allá y aferrarme con más fuerza a ese lugar que había estado tentado a abandonar: quizás ésa fuera la manera de aprender a vivir en el DF sin Aura. Al cabo, la proximidad del aniversario tuvo mucho que ver con mi decisión de que aquel verano finalmente aprendería a manejar en la Ciudad de México.

Para entonces vivía en otro departamento rentado, esta vez en la colonia Roma, aunque conservaba el que Aura y yo habíamos compartido en Brooklyn. Muchas veces, cuando Aura y yo salíamos de Nueva York, o cuando estábamos en Europa o en alguna playa mexicana, rentábamos un coche que yo manejaba encantado. Desde la muerte de Aura, sin embargo, ni una sola vez me había puesto al volante, y eso parecía simbolizar distintos aspectos del duelo: la apatía, la soledad y la tendencia a encerrarse en uno mismo, la extenuante duración del dolor.

Esos cinco años sin ponerme al volante de un coche daban cuenta de una especie de mutilación espiritual que, sin embargo, parecía fácil de arreglar: tan solo tenía que manejar de nuevo, aunque ni siquiera tenía claro si me acordaba de cómo se hacía.

Una tarde, a principios de julio, fui a ver a mi terapeuta, Nelly Glatt, en su consultorio de Las Lomas. Hacía un año que no iba. Antes de la muerte de Aura jamás había ido al psicólogo, pero pocos días después del accidente un amigo me sugirió que pidiera una cita con Nelly, que es tanatóloga –es decir, una especialista en los procesos de duelo–, y yo obedientemente fui a verla. Recuerdo bien aquella primera cita porque lo único que hice fue sentarme –o más bien desparramarme en su sofá– y ponerme a sollozar. Nelly, una mujer de mediana edad, regia y hermosa, de azules ojos de lince, tez blanquísima y un trato a la vez cálido y directo, hizo mucho por mí en aquellos primeros años. El caso es que aquella tarde de julio hablamos de lo que el quinto aniversario de la muerte de Aura significaba para mí, y de si estaba listo o no para rehacer mi vida, o quizás incluso para volver a enamorarme. Cuando le conté mi plan de aprender a manejar en la Ciudad de México le pareció buena idea. Me dijo que eso significaba que estaba listo para recuperar el control, en vez de dejarme llevar por el duelo como si fuera una obligación. También me dijo que algo en mi interior había decidido que yo le «debía» cinco años a Aura: había estado negándome a salir de esa casilla del enorme tablero de las posibilidades o a que algo me obligara a hacerlo.

¿Y no podía ser que aprender a manejar en la Ciudad de México fuera, además, un fin en sí mismo? La verdad, no tenía intenciones de meterme en un coche y manejar adonde me llevara el azar, de modo que me inventé un elaborado método, muy al estilo de Aura, para llevar a cabo mi «proyecto de manejo», como lo llamaba. Aura era muy aficionada a los ejercicios de escritura experimental –juegos

de restricción formal y de azar, como los del Oulipo-, así como al I Ching, además de ser una borgiana devota; pero, ¿y si mi plan no era sino más de lo mismo: otro ritual relacionado con mi duelo, una simple maniobra -a través de un performance muy del gusto de Aura- para dar rienda suelta al deseo de explorar las calles donde ella había vivido su infancia; recorrer su ciudad tal como me habría gustado recorrer con los dedos sus labios, sus ojos, su cara? No estaba seguro. De algún modo, sabía que el proyecto de manejo tenía que ver con mi relación con la Ciudad de México, la ciudad de Aura, donde murió y donde reposan sus cenizas; un lugar que, por eso mismo, ahora era sagrado para mí: mi casa, en un sentido en que ningún otro lugar lo había sido jamás.

Desde el aire, mientras el avión se aproxima a la imponente megalópolis, lo que los ojos distinguen es un denso mosaico de techos planos, pequeños rectángulos y cuadrados, y el omnipresente tono café rojizo del tezontle, la piedra volcánica que desde siempre ha sido el material de construcción más común de la ciudad y que, junto con el ladrillo -y la pintura color ladrillo-, imprime a la ciudad su característico esquema cromático. Pero también hay superficies metálicas, y concreto, y un montón de edificios pintados de colores pastel o de tonalidades vivas, como el naranja claro, e hileras de árboles, y parques, y campos de fútbol, y modernas torres que se alzan aquí y allá, en Polanco y Santa Fe, y la soberbia Torre Latinoamericana, en pleno centro, y arterias rectas y serpenteantes, plateadas y relucientes al sol, y un infinito enjambre de calles. Lo que le viene a uno a la cabeza -por supuesto, con pasmo- son los millones y millones de vidas que transcurren ahí abajo (y a mí, desde hace años, que en algún lugar de la ciudad, bajo uno de esos pequeños cuadrados, esa mujer, y ésa, y esa otra, viven su misteriosa existencia: chilangas -defeñas- a

las que solo he visto una vez o dos, pero que han dejado su impronta en mí; mujeres que muy probablemente ni siquiera me recuerdan). Desde el aire, tal vez porque es una ciudad tan predominantemente plana, y todos los techos son planos, y por tantísimo color café, la Ciudad de México parece un mapa de sí misma dibujado a una escala 1:1, como el de aquel cuento de Borges, «Del rigor en la ciencia», que se refiere a «un mapa del Imperio que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él».

Supuestamente, el joven Józef Teodor Konrad Korzeniowski (Joseph Conrad), al ver un mapa de África, puso un dedo sobre su centro cartográficamente vacío –el hueco del Congo, que aún no constaba en ninguna cartografía–, y dijo: «quiero ir ahí». Lo contrario de ese mapa sería la *Guía Roji*, que más bien recuerda el de Borges, aunque troceado y encuadernado en un volumen interminable. Mi ejemplar, la edición de 2012, de formato grande y con espiral, presenta las calles y colonias de la ciudad de México en 220 páginas divididas por zonas, acompañadas de 178 páginas adicionales con índices en que figuran unas 99 100 calles y 6 400 colonias o barrios. El escritor mexicano Álvaro Enríque me contó que, cuando era chico, una tía le dio de Navidad una *Guía Roji* con la dedicatoria: «Este libro contiene todos los caminos.» La *Guía Roji* también sugiere una especie de infinito borgiano: un denso caos que en realidad posee un orden, aunque incluso aquellos que pasan la vida explorando la ciudad solo pueden percibirlo vagamente. Puede que la *Guía Roji* sea la biblia de cualquier taxista, pero utilizarla eficazmente –esto es, lograr encontrar alguna oscura dirección– requiere el ojo de un microbiólogo, gran coordinación óculo-manual y una memoria prodigiosa e intuitiva, además de la paciencia y la habilidad necesarias para interactuar con pasajeros quejicas, frustrados, ebrios, despistados y en general de poca ayuda. La primera página del índice, por ejemplo,

correspondiente a la letra A -que, como el resto, se divide en seis columnas: primero, los nombres de las calles en tipografía diminuta; debajo de éstos, la colonia correspondiente, en un cuerpo infinitesimal; y, a la derecha, la página en la que se encuentra el mapa y la clave del cuadrante exacto (B-3, por ejemplo)- muestra ochenta y dos calles distintas con el mismo nombre: Abasolo. A mí, ese nombre no me parecía tan icónico de la cultura mexicana como los de Juárez o Morelos, así que les pregunté a varios amigos mexicanos por qué había tantas calles llamadas así, pero ninguno tenía la menor idea. (Al cabo, resulta que Abasolo fue una figura relativamente menor de la guerra de Independencia.) Con paciencia de santo, me tomé el tiempo de contar las doscientas cincuenta y nueve calles con el nombre de Morelos que aparecen en el índice de la *Guía Roji*. A las columnas de la calle Morelos les siguen otras con variaciones del mismo nombre: ya no calles, sino avenidas, cerradas, calzadas, privadas, etcétera. Y mejor ni contar las calles dedicadas a Benito Juárez, más numerosas incluso que las que llevan el nombre de Morelos. En cuanto a la calle Abasolo, dos colonias distintas, ambas llamadas San Miguel, tienen una con ese nombre; la primera está en el mapa de la página 246, la otra, en el de la 261; y lo mismo sucede con las dos colonias El Carmen. También existen calles numeradas: más de cien con el número 1, y otras tantas con el 2. Si la ciudad tiene 6 400 colonias, catorce se llaman La Palma, y cinco más Las Palmas. Y así. «Buenas noches, señor, ¿me lleva a la calle Benito Juárez, en la colonia La Palma?»... y empieza la diversión.

Cada vez que hojeo las páginas de mi *Guía Roji*, me gusta dejar caer el dedo, al azar, sobre una de ellas, y después entornar los ojos y mirar de cerca para descubrir, en letra pequeñísima, el nombre de la calle: ahora mismo, Metalúrgicos, en el mapa de la página 133, en la colonia Trabajadores del Hierro (jamás la había oído nombrar).

Desde luego, resulta plausible que exista una calle llamada Metalúrgicos en una colonia que lleva por nombre Trabajadores del Hierro, pero aun así me parece un nombre raro para una calle. ¿Cómo será, para un niño, crecer intentando relacionar el hecho de vivir en la calle Metalúrgicos con la misteriosa -y hasta mágica- concepción infantil de la vida, donde él ocupa el centro? ¿Se imaginará que su calle, su colonia, es un imán que atrae el universo hacia él? Pero volviendo al índice, descubro que en la Ciudad de México existen cinco calles distintas con el nombre de Metalúrgicos, en cinco colonias diferentes. Miro el mapa cuadriculado de la Ciudad de México que aparece en la contracubierta de la *Guía Roji* y localizo el cuadrante número 133, situado casi en el centro del mapa, en los límites del DF, al que corresponde el color amarillo; al norte, y sombreada en verde, está la zona metropolitana de la ciudad, en el Estado de México.

Ahora bien, ¿cómo es la calle Metalúrgicos, en la colonia Trabajadores del Hierro? Ése es el juego que me inventé: para descubrirlo, tenía que ir manejando hasta ahí. La idea era usar la *Guía Roji* más o menos como se usaría el I Ching: abrirla en cualquier página, señalar al azar con el dedo, con los ojos cerrados, e intentar luego ir manejando hasta el lugar elegido. Un juego de azar y destino (si no de Destino). Pero, por supuesto, primero tenía que aprender a manejar en la Ciudad de México. Como técnicamente sabía manejar, resultaba redundante y hasta vergonzoso inscribirme a una escuela de manejo, aunque también parecía la mejor manera de volver a acostumbrarme a manejar y, al mismo tiempo, de ir conociendo el reglamento y la organización de la ciudad con ayuda de un guía experto. Jamás había manejado un coche de velocidades, sino solo automáticos, así que aprender a manejar coches de transmisión manual justificaba la inscripción en una escuela, porque de ese modo estaría superando dos inhibiciones a la vez. Busqué

escuelas en Internet. Fui a la tienda de *Guía Roji* en una polvorienta calle de la colonia San Miguel Chapultepec y compré el gran mapa que ahora tengo colgado en la pared, mi *Guía Roji* del año 2012 y una pequeña lupa rectangular con luz que supuse indispensable para leer aquellos intrincados y densos planos, especialmente si me perdía mientras manejaba en la oscuridad. Mi amiga Brenda me llevó a Dr. York, una tienda de lentes de moda situada en la colonia Roma, que también vende libros en inglés de segunda mano, y me escogió un armazón al que después le adapté unos vidrios bifocales. Además, me compré un ejemplar de *Gente independiente* de Halldór Laxness, un libro que quería leer desde hacía años.

Retrasé cuanto pude el inicio del proyecto de manejo, pero empecé a usar los lentes todo el tiempo. La letra impresa lucía ahora más grande y clara y el mundo perdió su apariencia borrosa. Con mis lentes me convertía en un director de fotografía que dominaba el expresionismo noir del paisaje nocturno de la ciudad y sus sombras perfectamente delineadas; las lámparas de la calle parecían flores de vidrio, en vez de cascadas de bruma. Redescubrí la perspectiva fugada de las largas filas de coches estacionados a ambos lados de la calle; las fachadas intermitentemente iluminadas de los antiguos -y aun antiquísimos- edificios, como atisbos de personalidades que se hurtan a la luz del día, revelando cicatrices, pero no secretos: antigüedad maltrecha y sin embargo orgullosa; las psicóticas grietas producidas por los terremotos; la curva maternal de un balcón de concreto con una fila de ennegrecidas macetas.

A finales de primavera y principios del verano de 2012 tuve que viajar mucho: a Polonia; de regreso a Nueva York; a México, para arreglar el nuevo departamento de la colonia Roma que rentaba con mi amigo Jon Lee, un periodista que

precisaba una base en la ciudad; a París, menos de una semana después; a Lyon, donde me achicharré de calor; de vuelta a París y de ahí directo a Buenos Aires, para dirigir un taller entre ráfagas de nieve y frío húmedo. Entonces volví a México por unos días, antes de tomar el avión a Aspen, Colorado, para asistir a un congreso literario. Una de mis obligaciones en ese congreso era impartir un seminario de dos mañanas de duración sobre la narrativa latinoamericana y la narrativa latina de Estados Unidos. La mayoría de los asistentes eran gente mayor, muchos de ellos jubilados. En la segunda mañana, hablamos sobre Roberto Bolaño y comentamos un par de sus cuentos. Esto condujo a una larga conversación acerca de México. Los estudiantes querían hablar de la llamada «Guerra del Narco»; muchos tenían una idea de lo más macabra, no necesariamente errónea, pero sin duda parcial. Sí: en ese momento había vastas zonas de México atrapadas en la pesadilla y el baño de sangre que había provocado la guerra contra el narcotráfico iniciada en 2006 por el presidente Felipe Calderón, que tomó la desastrosa decisión -en parte a petición del gobierno de Estados Unidos- de sacar a los soldados a las calles a combatir a los cárteles, enfrentados entre sí. Sin embargo -les dije-, la Ciudad de México, y específicamente el DF (que es a lo que muchos de ellos se refieren cuando hablan de la Ciudad de México), era otra historia. El DF apenas se había visto afectado por la sangrienta guerra contra el narco; de hecho, su índice de homicidios podía compararse con el de la ciudad de Nueva York, y era más bajo que el de muchas otras ciudades de Estados Unidos, como Chicago o Miami. Yo había vivido ahí, intermitentemente, desde hacía veinte años, y había sido testigo de la evolución de la ciudad. Entre otros factores, una docena de años de liderazgo políticamente aceptablemente progresista y enérgico en el DF -continué- lo habían convertido en una ciudad vibrante, relativamente próspera y particularmente tolerante. Pese a seguir lastrada por la

pobreza y otros problemas, y a ser absolutamente idiosincrásica, era una gran ciudad global, incomparable con ninguna otra. Mucha gente dice que Buenos Aires parece una ciudad europea, ¿pero qué otra ciudad del mundo se parece al DF? Ninguna. En muchos sentidos -seguí diciéndoles- la descripción que Bolaño hace de la Ciudad de México de los años setenta, especialmente en su novela *Los detectives salvajes*, como una ciudad inagotable, descarnada y peligrosa que, sin embargo, es también una especie de paraíso con un oscuro atractivo para los jóvenes y los no tan jóvenes, seguía pareciéndome tan acertada como debió de parecerle a Bolaño cuando vivió ahí, en su adolescencia y primera juventud. Y continué hablando en el mismo tenor, con la voz cada vez más inflamada de nostalgia.

-¡Cuántas putas mentiras, por Dios! -interrumpió furioso un estudiante, un médico de mediana edad-: todo el mundo sabe que la Ciudad de México es violenta, corrupta, superpoblada y con una contaminación infernal, ¡de qué carajo está hablando!

Hoy en día, vivir en el DF significa pasarme semanas enteras sin salir de mi calle, en la colonia Roma, a menos que sea absolutamente indispensable. En la mañana, tomo el elevador en el sexto piso y bajo al vestíbulo, donde saludo al portero -David o Eugenio- y platico un rato con él, o con alguno de los agentes de policía encargados de proteger a mi vecino Marcelo Ebrard (he hecho amistad con algunos de ellos). Ebrard finalizó hace seis meses, en diciembre, su sexenio como jefe de gobierno. Salgo a la calle, atravieso en diagonal la plaza Río de Janeiro, hasta el café Toscano, donde desayuno (casi siempre lo mismo: papaya con granola, jugo y café; o chilaquiles verdes, si me emborraché la noche anterior). Luego me quedo ahí a trabajar, a veces muchas horas. Después vuelvo a mi departamento e intento

trabajar un poco más, hasta el final de la tarde, cuando me gusta ir al gimnasio. En la noche por lo general aterrizo en alguna cantina, normalmente en La Covadonga, a la vuelta de la esquina, en la calle Puebla; algunas veces me quedo hasta la hora en que cierran y entonces me voy a otra parte, casi siempre en la misma colonia Roma, o por ese rumbo. Antes, cuando vivía en la Condesa, mi vida no era muy distinta: ir al café en la mañana para empezar la jornada y pasar luego de un café a otro en dirección contraria a las manecillas del reloj, en los alrededores del parque México. (Soy una persona bastante inquieta, a ratos pienso que incluso demasiado para haber escogido ser escritor.) Esta rutina solo varió significativamente durante los cuatro años que viví con Aura en la colonia Escandón, donde no había cafés cercanos. Entonces trabajaba sobre todo en casa. Algunas veces, en la noche, iba a alcanzar a Aura lejos de ahí, en el sur de la ciudad, a la UNAM, la gran universidad pública de México, o la acompañaba a visitar a su mamá. Aura había estudiado la licenciatura en la UNAM, y su mamá trabajaba ahí y vivía cerca de la Ciudad Universitaria.

La primera vez que estuve en México fue en los años ochenta, cuando me ganaba la vida como periodista freelance en Centroamérica. Tuve que viajar dos o tres veces a México para poder cobrar los giros bancarios que me enviaban algunas revistas para las que trabajaba, y que no podían cobrarse en los bancos de Ciudad de Guatemala. Nunca me quedé más de dos semanas. Recuerdo que, en ese primer viaje, en 1984, asistí a una ruidosa fiesta organizada por la embajada de la Unión Soviética en el club de prensa extranjera; mis amigos y yo nos atiborramos de vodka -que ofrecían en botellas engastadas en rectángulos de hielo- mientras algunos alegres desconocidos nos interrogaban persistentemente, en un español o un inglés a lo Boris Badenov, acerca de nuestras impresiones de

Centroamérica. (Estando en América Central, fuera de la Nicaragua Sandinista jamás me encontré con un solo periodista soviético, probablemente porque cualquiera que se hubiera aventurado a ir a Guatemala, El Salvador u Honduras en aquellos años habría sido detenido, deportado o incluso asesinado.) También recuerdo que un amigo periodista me llevó a la oficina de Reuters donde vi por primera vez un fax, que me dejó boquiabierto, completamente deslumbrado; y recuerdo un beso afuera del Museo Tamayo, con una muchacha hermosísima, una estudiante de arte de delicadas facciones mayas a quien había conocido en el interior del museo y a la que no volví a ver jamás; y a un subcomandante de la guerrilla urbana guatemalteca con quien me encontré en la pequeña habitación de un sórdido hotel del centro: me recibió en ropa interior y se tapó las piernas con una toalla mientras hablábamos, y al final me dio un gran sobre manila repleto de dólares que yo tenía que pasar de contrabando en mi maleta cuando volviera a Ciudad de Guatemala, y después entregar a un desconocido que vendría a verme y me diría una contraseña. El subcomandante pensaba cruzar la frontera guatemalteca a pie, con la guerrilla; me enseñó orgulloso los pasadores de plástico -de muchos colores y fijados en un cartón- que había comprado para llevárselos a las mujeres y a las niñas del campamento de la guerrilla. Como tapadera, el subcomandante trabajaba de fotógrafo en la sección de sociales de un periódico de Ciudad de Guatemala, y su función clandestina era establecer contacto con periodistas extranjeros, investigadores de derechos humanos y otras personas parecidas. Nos hicimos amigos. En 1986, creo que fue, se vio obligado a huir de Guatemala, a Canadá, donde le dieron asilo político, y nunca más se comunicó conmigo, ni supe nada más de él.

Muchas cosas memorables sucedieron durante aquellos primeros viajes al DF, pero entonces era una ciudad distinta.

Volví poco después del catastrófico temblor de 1985. Había escombros por todas partes -edificios derrumbados y solares llenos de silenciosas montañas de trozos de concreto y hierros retorcidos, todo en medio del inaplazable trajín de la ciudad- y el polvo, como si fuera un espesante, se mezclaba con el smog y el ubicuo olor a alcantarilla, y el brillo del sol convertía el aire en una neblina tóxica, una especie de encarnación de las nauseabundas consecuencias de la muerte repentina y el trauma, que te brotaba del pelo cuando te lo lavabas y hacía que te ardieran los ojos. El sur de la ciudad se había salvado de la devastación del terremoto en gran parte gracias a que se levanta sobre un sustrato de piedra volcánica, al contrario del centro y sus alrededores, que se sitúan sobre lo que en tiempos fue el lago de Texcoco, un vasto lecho lodoso de arcilla volcánica, limo y arena en el que buena parte de la ciudad va hundiéndose lentamente. Cualquiera que visite el centro notará el visible escoramiento de la catedral y de muchas de las monumentales iglesias del siglo xvi; hay calles y manzanas enteras llenas de edificios antiguos ladeados como si estuvieran borrachos, hundiéndose desigualmente en el suelo blando. Para impresionar a los turistas, los guías colocan latas de refresco sobre el suelo, y éstas se alejan rodando.

Aura creció en el sur de DF, durante los años en que la contaminación del aire se hizo crítica, cuando casi cada día del invierno se declaraba una emergencia por culpa de la inversión térmica, y las escuelas se cerraban para que los niños no tuvieran que salir de sus casas. Aquélla fue la causa más probable de su sinusitis. Se acordaba de un día en que, mientras andaba en bicicleta, vio un pájaro caer asfixiado y aterrizar justo frente a la rueda delantera.

La primera vez que viví en México durante un tiempo considerable fue en 1992, con mi novia, Tina. Fue idea suya

que nos mudáramos ahí por un tiempo, y viajó antes que yo desde Nueva York para buscar un lugar donde vivir, que resultó estar en el más o menos refinado barrio de Coyoacán (en el cuadrante 186 de la *Guía Roji*, al sur de la ciudad). Se trataba de un cuarto barato en la Casa Fortaleza de Emilio *el Indio* Fernández, construida por el gran director de la Época de Oro del cine mexicano (que también actuó en inglés en *La pandilla salvaje* de Sam Peckinpah). Probablemente, ni siquiera Hernán Cortés soñó con tener un palacio tan magnificente y digno de un conquistador como el que se construyó el Indio. Lo que sedujo a Tina de ese lugar fue que la primera vez que estuvo ahí las enormes puertas de madera de la entrada principal -que dan a un amplio patio de piedra- estaban abiertas y vio cómo se llevaban un caballo muerto en una carretilla. Cuando el Indio murió en su mansión, en 1986 -se supone que sus últimas palabras fueron: «El cielo es un bar en el trópico, lleno de putas y de machos»-, estaba sin un quinto porque se había gastado todo el dinero en construir y mantener su Xanadú, o al menos eso es lo que su hija, la escritora Adela Fernández, suele contarles a los periodistas. Adela había dejado de ver a su padre a los quince años, luego de huir de su casa para librarse de la autocracia machista del Indio, que no la dejaba tener novio y la presionaba para que fuera un «genio». Solo después de la muerte de su progenitor, Adela volvió a vivir en la Casa Fortaleza -esta vez con sus dos hijos- y empezó a rentar cuartos. La mansión está rodeada de un alto muro de piedra volcánica que, convenientemente cortada, se usó también en el interior, cuyo estilo arquitectónico recuerda el de una hacienda fortificada, e incluye una enorme torre vigía con ventanas en forma de arco y coronada con un mirador almenado. Para permitir el acceso durante la construcción de la fortaleza, el Indio se vio obligado a construir una calle a la que llamó Dulce Olivia en honor de la actriz Olivia de Havilland, por la que debió de sentirse bastante atraído.

Tres residencias aparentemente separadas -quizá conectadas por corredores secretos o librerías corredizas- daban al patio principal, en cuyo centro había una fuente seca. Una ancha escalera de piedra conducía al resto de la mansión, siempre impregnada del frescor de las piedras, y llena de escaleras, corredores, cuartos, galerías y salones que alguna vez alojaron grandes fiestas a las que asistían Marilyn Monroe y otras estrellas, pero que ya no parecían servir a ningún propósito. Todo el lugar tenía el aire del ruinoso y abandonado palacio presidencial donde el monstruoso viejo dictador de *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, vive sus últimos días, mientras las vacas rumian las cortinas de terciopelo. La mansión era, pues, un desastre. Siempre había caca de perro en los largos corredores desiertos, o al menos eso recuerdo. Nuestro cuarto -«Un antiguo cuarto de huéspedes», nos dijo Adela cuando nos lo enseñó- daba justo a la escalera principal. Las paredes estaban llenas de coloridos murales en los que podía verse a varias mujeres-torero semidesnudas -con cinturas de avispa, piernas largas y senos grandes y puntiagudos- pintadas por un amigo del Indio, Alberto Vargas, famoso por las «Vargas Girls», ilustraciones de bellas mujeres que aparecían en la revista *Esquire* mucho antes de que *Playboy* introdujera sus pósters desprendibles. Nuestro colchón, relleno de crin de caballo, estaba viejo y raído, y tenía un aspecto asqueroso, pero cuando le comenté que compraría uno nuevo, Adela respondió que no me lo iba a permitir: «Ni te imaginas los grandes hombres que han manchado este colchón con su semen», me dijo, y después señaló los enormes ventanales de estilo francés y nos contó que, de niña, solía encaramarse en las anchas cornisas del exterior para espiar a los famosos amigos de su padre y a sus amantes. Había visto a muchos inmortales coger sobre la cama que ahora era la nuestra: Anthony Queen, André Breton, John Huston, Peckinpah, Agustín Lara... y siguió recitando una lista de

celebridades y artistas, mexicanos y extranjeros, que habían pasado la noche en la dichosa cama. Esa misma tarde, Tina y yo fuimos andando a un centro comercial al otro lado de la avenida Miguel Ángel de Quevedo y compramos un forro de plástico, como los que se usan en las camas de los niños, para cubrir aquella sagrada reliquia.

Los enormes ventanales de nuestro cuarto daban a una alberca, honda y vacía, que lucía a un tiempo suntuosa y desolada. Todos los días, en la misma cornisa desde la que Adela espiaba a los invitados, teníamos un visitante: un antiguo gallo de pelea. Era un animal muy bello, con brillantes plumas color bronce, la cresta y las patas de un rojo escarlata y una mirada estúpida y feroz, que no solo cantaba, sino que picoteaba maniática e incansablemente la ventana al amanecer, hasta despertarnos. Una mañana, abrí el ventanal y traté de echarlo de la cornisa con una escoba, pero en vez de huir agitó las plumas y saltó al fondo de la alberca vacía. Resultó que estaba ciego: otro gallo le había sacado los ojos en una pelea, años atrás. No se lastimó en la caída, y Adela simplemente lo llevó a otro lugar de la casa. Al cabo de unos días, otra mañana, un gato atigrado, con una nube en un ojo y la nariz moteada, se coló por el ventanal y nos adoptó durante el resto de nuestra estancia. Le pusimos Don Bernal, en honor del conquistador que escribió la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

Tina y yo teníamos permitido usar la cocina de estilo poblano, decorada con mosaicos de talavera azules y blancos, donde, en otros tiempos, el Indio hacía preparar la comida para sus innumerables y espléndidas fiestas. Tenía una estufa inmensa y un gran horno, y tantas hornillas como agujeros un campo de golf, aunque también estaba maltratada y sucia, y solo funcionaban unas cuantas hornillas cochambrosas, así que la usábamos poco. Las tradicionales ollas de barro, muchas de las cuales

probablemente no se habían lavado en décadas, estaban apiladas en torres tan altas y tortuosas que sencillamente preferimos no tocarlas; los azulejos estaban rotos o se habían desprendido de las paredes. Tina y yo nos pasamos un día entero limpiando, aunque inútilmente. Pero hace poco, en la página de Facebook de la Casa Fortaleza, vi una foto del proceso de restauración de la cocina: los azulejos estaban en su sitio y habían recuperado su brillo. Al parecer, la Casa Fortaleza va a convertirse en un centro cultural; se ofrecen visitas guiadas una vez por semana, algunas dirigidas por la propia Adela, que ahora tiene setenta años y que, de acuerdo con el artículo del periódico, tiene cáncer, aunque no ha dejado de fumar un cigarrillo tras otro. Me pregunto si les enseña a los visitantes nuestro viejo colchón y les habla del semen de los grandes hombres.

Cuando Tina y yo vivíamos ahí, la casa estaba poblada por una tropa auténticamente gótica. Nunca supe quién vivía ahí en realidad, y quién no, o cuántos de los que vagaban por la casa se quedaban a pasar la noche. Adela me explicó que algunos, como un hombre de mediana edad que siempre parecía tener una cruda terrible, con rastros de sombra azul en los párpados y las uñas extravagantemente largas y sucias, habían sido actores en las películas de su padre. También había un jovencito relativamente guapo (aunque con unas orejas idénticas a las de Dumbo, el elefantito volador), que parecía ser una especie de mandadero. A todas luces, sufría alguna especie de discapacidad mental: tenía la mirada fija y dramática de un actor de cine mudo, y hablaba de un modo confuso y casi ininteligible. De vez en cuando llamaba a la puerta de la casa un tipo vestido de charro -pantalones ajustados, chaqueta corta a juego y sombrero de ala ancha- que se sentaba con Adela en la fuente del patio y conversaba con ella tomándola de la mano. Adela me contó que ese hombre había sido doble de su padre en las películas, y que ahora la